

los apologistas cristianos, *que el nombre de ateo, tomado en su rigurosa significacion, no se le podia dar legítimamente.* Pretende que Evemero solamente impugnó los dioses populares, cuyo origen se habia empeñado investigar en su obra, y dar á conocer habian sido hombres mortales y terrenos, divinizados por la opinion de los pueblos. Todas estas reflexiones nos muestran que Bayle procedió con demasiada ligereza en condenar á Clemente Alejandrino, á lo menos por lo respectivo á algunos de los mencionados filósofos, cuyo atéismo no estan cierto como él se imaginaba. Pero elógiése enhorabuena la severidad de su crítica, que niega la autoridad de Clemente en este punto, aunque apoyada en los citados testimonios: mas díganos á lo menos; ¿qué argumentos son los que le han movido á abrazarla sobre el otro punto, que es la arreglada y moderada vida de los mismos? A la verdad ni de Diágoras, ni de Evemero me acuerdo haber hallado cosa alguna en Ciceron, ni en Diógenes, ni en Plutarco que acredite sus costumbres. ¿Y por ventura hallamos algun elogio de Teodoro, que entre todos fué quizás el ateo mas cierto y declarado? Si por cierto. Laercio <sup>1</sup> dice de él, enseñaba que el hombre sabio « podía cuando le agradase cometer toda especie de hurtos, de adulterios <sup>2</sup> y sacrilegios: no siendo estas acciones malas por su naturaleza; » y aun con una impudencia cínica añadía: « que el *sabio podía públicamente, y sin avergonzarse,* hacer lo que el pudor no nos permite decir. » Hé ahí cuales eran las máximas de este ateo. ¿Y el tenor de su vida era contrario? Por el mismo Laercio sabemos que, hallándose en

<sup>1</sup> Lib. 2, in *Aristip.*

<sup>2</sup> Mably, en sus *Principios de moral,* permite tambien al estudioso que busque un desahogo á su naturaleza en una mujer pública, con tal que no se enamore y se distraiga de sus tareas. ¡Moral bellísima! ¡digna de un hermano de Condillac! y sin embargo este es el héroe á quien se buscó para que escribiese el *Método de estudiar un Príncipe* (el de Parma) *la historia,* que es el que lleva el nombre de su hermano. Sabido es que Rousseau en su *Emilio* supone á este jóven educando llevado por su mismo ayo á la casa de la prostitucion. Las frecuentaba su autor, y no es extraño quisiese inspirar estas máximas á sus lectores. ¡Santa filosofía!!!

un convite en casa de Lisimaco con Hiparquia, mujer de Crates, descaradísima cínica, y habiéndole esta propuesto cierto sofisma propio suyo, Teodoro no la respondió con palabras, pero mostró con la obra que no estaba ajeno de sus teorías <sup>1</sup>. Ignoraba acaso Bayle esta relacion de Diógenes? No por cierto. En el *Diccionario* lo refiere íntegramente en el artículo *Hiparquia*, aunque con esta diferencia, que si Laercio, aunque de secta epicúreo, se explica en términos breves y modestos, él forma una escena digna de un lupanar, y suple lo que omitió Laercio. Esta es la crítica exacta: esta la buena fe del escritor de Rotterdam. Cuando se empeña en hacer pasar á los ateos por gente de vida admirable, de arregladas y moderadas costumbres, hace comparecer entre estos hombres buenos aunque sea á un Teodoro con la autoridad de un Padre de la Iglesia; y cuando despues quiere divertir á sus parciales y amigos con sus geniales y acostumbradas noticias, hace venir al teatro á ese mismo Teodoro, y le pinta solazándose con una dama cínica. De estos ejemplares de la crítica Bayliana pudieran citarse innumerables. Por ahora infiera el sabio lector que los argumentos de hecho ó de derecho del grande abogado de los impíos, que hasta aquí hemos examinado, nada sirven para persuadir sus buenas costumbres.

## CAPÍTULO VIII.

Historia y moral de Epicuro.

### 1. Bayle pone á Epicuro como uno de los mas ejemplares entre los filósofos antiguos.

Sigamos un poco todavía al célebre apologista de los ateos, que despues de haber pretendido con la autori-

<sup>1</sup> Laercio, lib. 6, in *Hipparch.* *Tum ille (Theodorus) ad id quidem minimè respondit: sed ejus pallium attraxit. Sed neque territa, neque turbata est Hipparchia ut mulier.* Gloríese al Bayle de la virtud de su filósofo.

dad de Clemente Alejandrino, tuviésemos por virtuoso á un Teodoro, no debía dejar de proponer al mismo Epicuro con sus discípulos; como ejemplares y modelos de virtud perfecta. Véase pues como habla en el lugar ya citado <sup>1</sup>. « Epicuro, que negaba la Providencia » y la inmortalidad del alma, es uno de los antiguos » filósofos, que vivió ejemplarmente; y aunque su secta haya sido posteriormente desacreditada... los que la » deshonraron con sus vicios no se hicieron viciosos » en su escuela. » Despues, en el artículo que hizo en el *Diccionario* sobre este filósofo, se extiende con la mas pomposa elocuencia en celebrar la inocencia de su moral y la santidad de sus costumbres, manifestando una sensible complacencia en poder hacer creer al mundo que eran hombres virtuosos los que no hacían aprecio ni de la eternidad, ni de leyes, ni de Religion, ni de Dios. El plan de nuestra obra no nos permite un detenido exámen de esta vasta cuestion; pero indicaremos algunos puntos generales por donde se pueda formar un concepto justo de la historia y de la moral de Epicuro.

II. *Mala fama de Epicuro entre los antiguos. Empeño de Pedro Gasendo en abonarle. Lo consiguió con aprobacion casi general.*

Es cierto que casi por el discurso de diez y ocho siglos ha sido universalmente pésima é indigna la fama de Epicuro y de su escuela, no solo á causa de la impiedad, sino tambien de la moral misma. Entre los Padres de la Iglesia, Clemente Alejandrino, Lactancio, Ambrosio y otros; y entre los escritores gentiles, Ciceron, Plutarco, Sexto Empírico y Séneca han hablado pésimamente de él. Casi todos los escritores posteriores, siguiendo las huellas de estos, han tenido por dogma fundamental de la escuela de Epicuro, *que el deleite es el sumo bien y felicidad del hombre*, y nos han pintado y descrito sus jardines como estancias de la disolucion. Ate-

<sup>1</sup> Pens. divers., § 174.

neo, que escribia en tiempo de Cómodo ó de Pertinaz <sup>1</sup>, refiere que una jóven descarada, llamada Leoncia, era la amiga de Epicuro, y que habiéndose dedicado á estudiar con él la filosofia, continuó ejerciendo su oficio vil en aquellos mismos jardines <sup>2</sup>. Se citan otras famosas rameras, que vivian tambien allí con los discípulos del filósofo, y conforme á las teorías del voluptuoso maestro trasformaban la escuela en un burdel. Así se habia pensado y hablado de Epicuro hasta la mitad del siglo anterior, cuando el célebre Pedro Gasendo entró como un nuevo Hércules á limpiar aquel establo de Augias, y mediante su vasta erudicion y florida elocuencia, lo consiguió de manera que Epicuro fué repuesto en el coro de los filósofos, y se volvió á conciliar la fama y reputacion de tal. Se ha pretendido que todo cuanto malo se ha dicho de él ha procedido de las calumnias de los estóicos, quienes, á fin de desacreditarle, habian suplantado algunas cartas llenas de obscenidades y de enamoramientos indecentes; y de ellas, como de fuentes corrompidas, han ido á beber los escritores subsiguientes: que Epicuro habia sido un hombre de costumbres puras y santas; y últimamente, que aunque pusiese la felicidad y último fin del hombre en el deleite, mas que por este deleite no entendia los placeres, ni las sensaciones del cuerpo, sino los placeres, y tranquilidad estable del alma, que nace de la virtud, y en la cual ella consiste <sup>3</sup>. Tal es la idea que de aquel antiguo filósofo y de su doctrina se esforzó á dar al mundo el célebre Gasendo, hombre en realidad famoso, y acreditado en la república de las letras. De aquí procedió que despues de aquel tiempo ha venido á ser como un carácter del buen gusto en la república literaria hablar de Epicuro de ese modo. Los libertinos especialmente se han lisonjeado hasta el exceso, pretendiendo presentarnos en él un filósofo, que despues de haber

<sup>1</sup> Véase á Bosio, *De hist. græc.*, lib. 2, c. 15.

<sup>2</sup> Atenéo, lib. 13, *Dipnosoph.*

<sup>3</sup> La defensa de la doctrina y de las costumbres de Epicuro se halla en las *Notas* que puso Gasendo al lib. 10 de Laercio, y en los siete libros que compuso *De vult et moribus Epicuri*.

arruinado, por servirme de la frase de Ciceron <sup>1</sup>, no con las manos, como hizo Jerjes, sino con la doctrina, los altares de los Dioses; despues de haber desterrado del ánimo humano el miedo del avaro Aqueronte, y librado á la tierra de la Religion, era sin embargo un hombre lleno de honestidad, de frugalidad y de templanza, que fomentaba la amistad con los suyos, y la piedad para con la patria, y ha dejado en su escuela documentos en especialidad en materia de amistad, que nosotros los cristianos, dice el famoso Collins, debiéramos venerar en alto grado <sup>2</sup>.

III. *Eso no obstante, algunos han repetido las acusaciones antiguas, entre las que se han señalado el Cardenal de Polignac. ¿En qué ponía Epicuro la felicidad?*

No obstante, aunque casi todos los escritores que despues de Gasendo han hablado de Epicuro, hayan seguido sus huellas y escrito con muy ventajosos sentimientos acerca de él, y en particular Jacobo Brukeró en su insigne *Historia filosófica*, ha habido tambien otros que, no dejándose llevar de la novedad, han repetido las antiguas acusaciones y despreciado como muy corrompida su moral. Tales son especialmente Parkero, Gatakeró, Bentleyo, y sobre todos el Cardenal de Polignac en su *Anti-Lucrecio*, poema digno de eterna memoria, en el cual con no menor fuerza de doctrina que facilidad y elegancia en el verso, se ponen nuevamente en claro y se confutan los errores del antiguo libertino, y se impugnan todas las diferentes, monstruosas é impías hipótesis de los modernos ateistas. En él pues asienta el nobilísimo escritor como cosa enteramente cierta, que Epicuro puso la *felicidad* del hombre en el *deleite* ó placer; de lo que no habrá quien no halle mil pruebas leyendo, aunque sea de paso, el libro décimo de Diógenes Laercio, en que está la vida, y se mencionan las doctrinas de Epicuro <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Nec manibus ut Xerxes, sed rationibus Deorum immortalium templa et aras everterit. *De nat. Deor.*, lib. 1, cap. 41.

<sup>2</sup> Discurso de la *libertad de pensar*, pág. 191.

<sup>3</sup> Basta este pasaje de la epístola de Epicuro á Meneceo: *Voluptatem principium ac finem dicimus beatae vitae.*

Verdad es que, queriendo este filósofo evitar la infamia en que ya veía haber caído los Cirenaicos á causa de sus doctrinas voluptuosas, protestó muchas veces no quería que en su escuela por el nombre de *deleite* se entendiesen los placeres de la carne, y sí la satisfaccion y gozo del alma libre de toda perturbacion, pesadumbre y dolor, en lo cual, según su sentir, consiste el sumo mal. Pero como observa el gran Cardenal de Polignac, este es un velo en verdad muy trasparente para que no se descubra el dolo y fraude de su proceder: porque si la suma felicidad del hombre consiste en su satisfaccion y gusto, ó sea en poseer lo que le agrada y le deleita, síguese, según Epicuro, que se deben buscar todos los placeres de la carne y de los sentidos, cuando se apetezcan, ó la privacion se haga dolorosa. Oigamos sus versos armoniosos, trasladados á nuestra lengua vulgar <sup>1</sup>:

Pues si el último fin, y el bien supremo  
Lo constituye aquello que deleita;  
Ni me puede agradar cuanto severo  
Al apetito lúbrico refrena,  
¿Porqué no corro tras vedados goces,  
Y cometo los robos que detestan  
Los maridos? ¿Porqué no me abandono  
De Sinon á los fraudes y cautelas,  
Ó imitador de Baco y de sus ninfas  
No copio su frenética demencia?  
Contentar al deseo el placer manda:  
Y cuando á aquel sus votos se deniegan,  
El acerbo pesar oprime mi alma,  
Impidiendo que así dichoso sea.

<sup>1</sup> Quippe ubi pro summa rerum, pro fine supremo est  
Quod me delectat, cumque id mihi dulce videri  
Non possit, quo comprimatur succensa libido,  
Quin ego damnatam Venerem, quin furta maritis  
Detestata sequor, fraudes artemque Sinonum,  
Et rabidos Bromii patris Evantumque furores?  
Nam defraudari genium vetat alma Voluptas,  
Ni potiar votis, mihi tunc dolor ingruit ingens,  
Et nequeo, si me dolor afficit, esse beatus.

*Anti-Lucrecio*, lib. 1.

IV. *Exposicion mas verosímil de su sistema.*

En realidad Epicuro dice que á los deleites sensuales suelen seguirse dolores, ansiedades, perturbaciones, y así parece alza aquí la voz, y toma un tono filosófico y casto para condenarlos. Pero si se mira con atencion, él no condena absolutamente esos deleites; sino desea que se tomen con medida, se disfruten con arte; en fin, que se use de ellos hasta satisfacer el deseo, pues en esta satisfaccion consiste la suma felicidad; pero sea evitando aquellos excesos, y removiendo aquellas circunstancias que puedan traer consecuencias de algun trabajo, perturbacion y dolor que supere ó convierta en amargura el placer y gozo de que se ha gustado. Este es, en dictámen del Cardenal de Polignac, el verdadero sistema de Epicuro, que á mi parecer se puede llamar el refinamiento del deleite. En efecto, segun él, la felicidad y el sumo bien consiste en el gozo ó placer del ánimo, por manera que cada uno posea lo que se adapte mas á su genio, le satisfaga mas, atraiga y aficione. Si á alguno le agrada la aplicacion á las bellas artes y estudios, ó á causa de una índole feliz le adaptan los deberes de la virtud, la mansedumbre, la generosidad, la continencia, ejercítelos enhorabuena, dice Epicuro, « no por lo que » son, sino por el deleite que disfruta en ello; así » como se toma una medicina, no por sí misma, sino por » la salud que causa<sup>1</sup>. » Y debe reflexionarse que los oficios de la virtud en boca de Epicuro se asemejan oportunamente á las medicinas, de las cuales no se hace uso continuo, como sucede con los alimentos, sino se toman rara vez, y de mala gana. Pero si á alguno le placen los deleites que proceden de las *sensaciones* del cuerpo, y de la satisfaccion de los sentidos, deben generalmente abrazarse; porque *todo deleite*, segun Epicuro, es *bueno*. El desórden y el pecado, segun su moral, consiste: 1º en creer que en tales sensaciones y movimientos, y no en el gozo estable y tranquilo que de ellos

1 Voluptatis verò causâ virtutes quoque eligendas esse, non propter se: sicuti et medicina propter sanitatem. Epic., ap. Laert., l. b. 10.

nace, consiste la felicidad; y así es como lo explica Bruker<sup>1</sup>, defensor por otra parte acérrimo de la virtud de Epicuro: lo 2º en no usar de esos deleites en tales circunstancias y con tal frecuencia, que ó violando las leyes civiles; ó incurriendo en la indignacion de otros, ó alterándose la salud del cuerpo, se lleguen á padecer dolores y trabajos, que en su entender es el máximo de los males y para cuya exclusion prohíbe algunas veces los sensuales deleites. Deleites que, como poco ha dijimos, reconoce por buenos en aquella memorable sentencia, que hasta el mismo Meibomio<sup>2</sup>, grandísimo encomiador de Epicuro, en las notas puestas á su excelente edicion de Laercio, confiesa ser perniciosísima y perversa; á saber<sup>3</sup>, « que ningun deleite es malo por sí » mismo; aunque la práctica de algunos de ellos trae » consigo mayores inquietudes que delicias. » Pero donde mas bien, y con la mas clara certeza parece quedar confirmado todo el sistema por el mismo Epicuro, es en aquellas otras palabras de la carta á Meneceo<sup>4</sup>: « Nos- » otros no abrazamos todos los deleites, antes muchas » veces nos privamos de ellos; á saber, cuando les ha » de seguir mayor molestia: y aun creemos que muchos » dolores traen mas utilidad que algunos deleites, pues » á veces se sigue mayor deleite de la tolerancia de los » dolores. Siendo pues todo deleite conforme á la natu- » raleza, es cosa buena; mas no todo deleite debe seguirse; así como todo dolor es cosa mala, mas no todo » dolor debe siempre desecharse. » De todo lo cual es fácil inferir cuál haya sido en verdad y cuán perversa la moral de Epicuro, y con cuanta razon han levantado la voz contra ella los escritores de todos los siglos.

V. *Respóndese á una objecion de Gasendo. Pasaje excelente del Anti-Lucrecio.*

Eso no obstante, Gasendo pretende suspendamos todavía la sentencia de condenacion contra el antiguo filósofo.

1 Bruker, *Histor. filos.*, part. 2, lib. 2, cap. 13.

2 Meibom., in notis. — 3 Apud Laert., lib. 10.

4 Epicur., in *Epist. ad Meneceum*, apud Laert., lib. 10.

sofo, insistiendo en decir que Epicuro no constituía el deleite sino en la virtud. En efecto, la quinta de sus máximas referidas por Laercio era esta<sup>1</sup>: « No se puede » vivir gustosamente si no se vive prudente, honesta y » justamente; ni se vive prudente, honesta y justamente » si no se vive gustosamente. El que no logra pues vivir » prudente, honesta y justamente, tampoco puede vivir » gustosamente. » ¿ Qué cosa mas clara pudiera decirse, exclama Gasendo, para demostrar que Epicuro colocó el deleite en la virtud? Mas esta es una falacia del astuto griego, porque, en verdad, ¿ qué entendía él por nombre de virtud? ¿ Reconocía por ventura una regla ó medida de lo recto y de lo honesto? ¿ Admitía un orden inmutable en las cosas que debía amar el hombre, adaptar á él sus afectos, y adherirsele estrechamente, á pesar de todos los estímulos de las pasiones, de los halagos del placer, y de las amenazas de los malos? Nada menos. Por el nombre de *virtud* entendía Epicuro el *arte de saber gozar*, de saber arrojar del ánimo el temor de Dios, el de la muerte y del infierno: saber huir los trabajos, las enemistades, los castigos, las enfermedades, y gustar los deleites, en cuanto pudiese ser, mas refinados y mas libres de toda mezcla y consecuencia de dolores y fastidio. Esta idea de la virtud epicúrea, fuera de lo dicho, parece se descubre en aquella otra, por confesión tambien de Meibomio<sup>2</sup>, perversa é inicua sentencia suya relativa á la virtud de la justicia, que dice<sup>3</sup>: « La injuria por sí no es mala, lo es solamente por el temor de » la sospecha, de que no podrá ocultarse á los que es- » tán constituidos para castigar las injusticias. » Tenemos pues, segun Epicuro, que la medida del mal no era la violacion de un orden eterno, sino solamente las consecuencias del dolor y molestia. Hé aquí tambien como la justicia, la prudencia y la honestidad, que dice necesarias para vivir gustosamente, no son mas que unas cautelas y medidas necesarias para evitar los afanes, los

<sup>1</sup> Laercio, lib. 10.

<sup>2</sup> Meibomio. Véase tambien *sobre esta sentencia la Observacion de Menage*, el cual descubre mas su veneno. Pero especialmente á Grocio, *De jur. bell. et pac.*, lib. 2, cap. 20.

<sup>3</sup> Véase á Ciceron, lib. II *De finibus*, cap. 22.

dolores, los castigos y los otros males que pueden acabar los deleites. Luego el deleite solo es el blanco, el fin de las virtudes epicúreas, por el cual subsisten, y las arregla. Pero oigamos todavía al nobilísimo poeta, que, conforme en todo á estas nuestras reflexiones<sup>1</sup>, se explica así:

Hay quienes, apoyados en Gasendo,  
A Epicuro defienden, sosteniendo  
Que el deleite á que tanto se adhería  
En sola la virtud lo constituía.  
Mas estos no conocen, por su daño,  
Que el nombre de virtud cubre aquí engaño:  
Crédulos asintiendo y sin prudencia  
Al sabio á quien adorna falaz ciencia.  
Porque ¿ qué es lo virtuoso, qué lo honesto,  
Segun del Griego el texto,  
Por cuyas expresiones dirigidos,  
Le tributan honores no debidos?

1 Sunt qui Gasendo freti duce, sic Epicurum  
Defendant, nullum ut jactent genus huicque petitem  
Esse voluptatis, nisi quod virtute paratur:  
Hi fraudem ignorant virtutis nomine tactam;  
Fallacique viro nimium patienter adhærent.  
Nempe quid est virtus, quid honestas judice Grajo,  
Quam verbis lusi tanto dignantur honore,  
Tantis immeritum scribendo laudibus ornant?  
An recti constans atque obfirmata cupido  
Contra delicias, et cuncta pericula contra,  
Propositique tenax, vel cum malesuada voluptas  
Obstiterit, terrorve, minantiaque ora tyranni?  
Non ita, sed placiti, quodcumque sit, integer usus  
Absque dolore, metu, vel sollicitudinis umbrâ:  
Illa supercilio rigidi sit digna Catonis.  
Est, Epicure, tibi ridens et blandula virtus,  
Carpere delicias cauto, vitæque fruisi:  
Non quod honestum in se sepulcrum est, hoc tibi gratum.  
Nam si esset, quid socratico, quid pythagoreo  
Tramite distares, quid Religione severâ?  
Sed tibi quod gratum, sejunctâ labe timoris  
Et curæ, subito culpâ vacat, atque decorum est.  
Abs te non igitur posita in virtute voluptas,  
Ast in eâ virtus: tantum ars est ritè fruendi  
Naturâ, non naturam ratione domandi.

Lib. 1, v. 471.

¿Acaso una atención firme y constante  
 De preferir lo recto á cada instante  
 A los deleites y peligros todos,  
 Que sitian al mortal de varios modos,  
 Ya venciendo severos  
 Los gustos lisonjeros;  
 Ya hollando con desprecio sobrehumano  
 Los retos y amenazas de un tirano?  
 No: no es este el sistema voluptuoso  
 Del torpe Sibarita, que gozoso  
 Al apetito plácido se entrega  
 Y sin dolor ni miedo en él se anega.  
 La virtud de un teson constante y rudo  
 Solo seguirla pudo  
 Un rígido Catón: otra mas suave  
 Risueña y blanda en tí, Epicuro, cabe,  
 Cuando, gozando de la dulce vida,  
 Lo honesto y bello en sí no te convida.  
 Pues si esto solo amaras,  
 En nada te apartaras  
 Del socrático dogma religioso,  
 Que al de Samos también hizo famoso.  
 Mas tú juzgas por recto é inocente  
 Todo placer, en que la humana mente  
 Sin mezcla de dolor cebarse pueda:  
 Y así puesta por tí la virtud queda  
 En el placer; y no este,  
 Como debiera, en la virtud celeste:  
 Sin que el austero grito  
 De la razón sujeto al apetito.

VI. *La crítica sobre tales puntos ha de ser muy cauta.*

Baste para nuestro designio este breve ensayo acerca de la moral de Epicuro. Ya en otra parte hemos dicho que nunca se usa mejor de un moderado escepticismo que cuando se trata de las opiniones de los filósofos antiguos, no solo por el tiempo tan distante de nosotros en que florecieron, sino también por la escasez de monumentos que nos quedan, por las varias intenciones y miras de los escritores que las refieren, por la incertidumbre de la fuerza que daban á ciertas voces; y mas especialmente por la inconstancia de los mismos filósofos en sus pensamientos, la incoherencia sensible en sus

dichos, y otras razones semejantes, que deben detener á la crítica para no ser fácil en pronunciar y decidir. No por eso se ha minorado en nosotros el alto respeto que se debe á los que pintan con otro semblante la doctrina de Epicuro. Lo que hemos dicho de ella nos parece lo mas verosímil; y lo haríamos mas palpable si quisiésemos, y cómodamente pudiésemos examinar todos los monumentos que pueden pertenecer á este asunto. El que desee mayor conocimiento de él, lea entre otros á Ciceron, especialmente en los dos primeros libros *De finibus*, y nos lisonjemos quedará cada vez mas confirmado en nuestro modo de pensar.

VII. *Costumbres de Epicuro celebradas é imitadas por los incrédulos modernos: cuán lejos están de la verdadera virtud.*

Pero aunque fuese mala y corrompida la moral de Epicuro, podrá replicar alguno, no por eso él, como testifica el mismo Ciceron, dejó de ser un « hombre de bien, » cortés, humano y fiel amigo <sup>1</sup> »: y esto es lo que en especial pretende Bayle, como objeto de su empeño. Responderé que el mencionado sistema de Epicuro, considerada su índole y la situación en que se hallaba, exigia puntualmente en él esta conducta exterior, como la mas á propósito para fomentar y promover el deleite. Mas si esto se ha de celebrar como ejemplar y virtuoso, júzguelo Bayle. En efecto, Epicuro seguia ciertamente un sistema impío por respecto á la Divinidad: mas como tenia presente la desgracia de Sócrates y de otros filósofos acusados del mismo delito, á fin de evitar aquella suerte, y vivir honrado y tranquilo y á su gusto en Atenas, no hallaba dificultad en ir á los templos, asistir á los sacrificios, ni aun en escribir libros de devoción <sup>2</sup>, y

<sup>1</sup> At. coluit ipse (Epicurus) amicitias. Quasi quis illum neget et bonum virum, et comem et humanum fuisse..... sed quamvis comis in amicitias tuendis fuerit, tamen, si hæc vera sunt, nihil enim affirmo, non satis acutus fuit. Cic., *De finibus*, lib. 2, cap. 25.

<sup>2</sup> At etiam de sanctitate, de pietate adversus Deos libros scripsit Epicurus. At quomodo in his loquitur? Ut Corunca-

recomendar públicamente lo mismo de que interiormente y entre sus amigos se reía muy á su placer. Esta era la piedad de Epicuro. ¿No es en efecto una bella virtud? Y, para decirlo aquí de paso, esta es justamente una de las primeras máximas de nuestros *spiritus fuertes*: acomodarse en el porte exterior á la Religion del país, para evitar todos los disgustos. — Pasemos adelante. *Conservaba fielmente Epicuro la amistad.* ¿Pero cómo podía hacer otra cosa un hombre que no anhelaba mas que por su gusto? ¿Cuántos pesares, trabajos y perjuicios no nacen de la enemistad; y cuántas ventajas y placeres no se sacan de los amigos? Se debería probar que Epicuro amaba á sus amigos por su mérito solamente; ó para servirme de la frase de Ciceron, que estaba animado de aquella <sup>1</sup> «caridad, que hace amar la» amistad por lo que ella es y por sí misma, no por las» utilidades y ventajas que disfruta el que ama.» No se probará jamás que la amistad de Epicuro fuese de aquel primer carácter, sino de este segundo, como consecuencia necesaria de su sistema <sup>2</sup>. Y este es tambien el segundo distintivo, que pocos años ha se observaba en cierta sociedad de libertinos, los cuales querian formar un cuerpo y guardaban entre sí una estrechísima alianza, y se favorecian y socorrian á porfía mutuamente: mas conforme á lo que se ha dicho, esto no era á impulso de una amistad verdadera, sino para tomar con el recíproco ejemplo nuevos ánimos contra los remordimientos de la conciencia, y esforzarse con la vista de los otros en el tenor de vida adoptado <sup>3</sup>. Volvamos á Epicuro. Le cele-

*nium aut Scævolam Pontifices maximos te audire dicas.* Cic., *De nat. Deor.*, lib. 1, cap. 41. Bayle (*Pens. divers.*, § 178) hace ostension de este pasaje; mas oiga al mismo Ciceron en el cap. 44 del libro citado: *At etiam liber est Epicuri de sanctitate. Ludimur ab homine non tam faceto, quam ad scribendi licentiam libero. Quæ enim potest esse sanctitas, si Dii humana non curant?* Sentencia digna de estamparse en bronce.

<sup>1</sup> Cic., *De fin.*, lib. II, cap. 26.

<sup>2</sup> Cic., *ibid.*

<sup>3</sup> Vean los lectores si esto puede aplicarse á las sociedades secretas, cuya caridad se extiende solo á ellos entre sí, y no á los que llaman *profanos*, es decir, á todos los demás hombres.

bran especialmente sus partidarios en punto á la *sobriedad* en comer y beber, y pretenden eran frugalísimos los convites que hacia á sus discípulos y discípulas. Pero en verdad es necesaria mucha sencillez para creer que Leoncia y las otras célebres cortesanas ó prostitutas que vivian en el jardín de Epicuro con sus discípulos, se contentasen con agua y legumbres. Este seria uno de los mayores milagros que ha hecho jamás la filosofía. Á la verdad hallo que Luciano, que ni era estóico, ni platónico, sino un impío como Epicuro <sup>1</sup>, describiendo aquella su opípara cena en los campos Eliseos, á la que asistieron muchos famosos convidados, dice «Aristipo» (*jefe de los Cirenáicos*) y Epicuro (*nótese la compañía*)» hacian entre todos las figuras principales como hombres <sup>2</sup> «graciosos, alegres y de gran gusto en la mesa.» Séneca, que verdaderamente era estóico, concede que Epicuro de ordinario comia parcamente (¿y quién ignora las enfermedades y dolores que causan los excesos en esta materia?); pero que despues aguzado el apetito con aquella parsimonia, asistia á opíparas y abundantes mesas, donde se entregaba sin rienda al mayor deleite que se puede encontrar en las viandas <sup>3</sup>. Esta virtud de Epicuro, á lo que entiendo, ha sido muy del agrado de un moderno, que ansiando tambien el *refinamiento* de los placeres, escribe en estos términos <sup>4</sup>: «Nosotros» experimentamos otra especie de disgusto que se halla» en medio de los mismos deleites... contra esto no hallo» mas remedio que moderar nuestras pasiones, y usar» de los placeres con ingeniosa y sabia economía. Así» Epicuro excitaba el apetito por medio de la abstinencia,» y huia todos los excesos para evitar las incomodidades» que nacen de la disolucion.» Hasta este punto es verdad lo que dice Bayle: es decir, que Epicuro fué el filó-

<sup>1</sup> Luciano manifestó siempre la estimacion que hacia de la doctrina de Epicuro, sin omitir por eso la mencion de los contrarios que tenía.

<sup>2</sup> Porro Aristippus et Epicurus primas apud illos ferebant, quum jucundi hilaresque essent, et compotores suavissimi. *Lucian.*, *Var. histor.*, lib. 2.

<sup>3</sup> Séneca, epist. 18.

<sup>4</sup> *Del uso de la vida*, entre las obras de S.-Evremont, t. VI.

sofo mas ejemplar de todos. Ejemplo de heroica parsimonia y moderacion, que tambien hay quien le imite en nuestros dias. No puede decirse afirmativamente si serian al modo de la cena de Luciano ó de los convites de Séneca, las comidas y cenas que en los años pasados acostumbraban á hacer entre sí ciertos libertinos en varios casos, y especialmente cuando se agregaba alguno á su compañía <sup>1</sup>. Juan Tolando dió á luz en 1720 un impío folleto con la fingida data de *Cosmópolis*, intitulado *Pantheisticon, sive formula celebrandæ sodalitatís socraticæ*, en que se leen ciertos versos que se debian recitar ó cantar en esta sociedad, en los cuales se explican su impiedad y sus máximas, conformes en todo al «espíritu de » Epicuro acerca de investigar las causas de las cosas, y » desterrar todo temor del ánimo, pasar una vida alegre, » lograr una muerte tranquila, reirse de la supersticion » (Religion), aborrecer á los sacerdotes, vivir juntos entre chistes y razonamientos filosóficos; » y otros semejantes preceptos, despues de los cuales se invitaban reciprocamente á recrearse con repetidos brindis : de modo que esta sociedad ateística es llamada con propiedad *sociedad báquica* por el autor <sup>2</sup> de la *Biblioteca inglesa*. Resta por fin decir alguna cosa de la *continencia* de Epicuro, celebrada tambien hasta lo sumo por sus modernos apologistas. Ya vimos lo mal que hablaron de él los antiguos, y entre ellos Ateneo. Con todo eso quieren algunos que ciertos escándalos y memorias sobre que está fundada la mala fama de aquel filósofo, tienen su origen de la envidia de los estóicos. Por eso dicen <sup>3</sup>, que aquella famosa Leoncia no era la amiga de Epicuro, sino de Metrodoro, su discípulo favorito. Mas no dificultan en conceder que esta y otras cortesanas semejantes, que estudiaban con el gran maestro del deleite, vivian en los mismos jardines con sus escolares. En cuyo supuesto

<sup>1</sup> Esto es notorio á todos, y adonde quiera que hay sociedades secretas : desde el tiempo que el autor escribió se han descubierto muchas cosas, que entonces aun ocultaban cautelosamente. Hoy no hablaria dudando; lo afirmaria sin temor de ser desmentido, pues ellos mismos *latantur cum malè fecerint*.

<sup>2</sup> *Bibliot. ingl.*, t. VIII, p. 2, art. 1.

<sup>3</sup> Gasend., *De vitá et morib. Epic.*, lib. 7, cap. 5.

declara ingenuamente Gasendo <sup>1</sup> no quiere empeñarse en defender estuviesen juntos con aquella indiferencia ó frialdad, « con que están los mármoles unidos en un » edificio : tanto mas, añade, cuanto en aquel tiempo no » se reputaba vicio, si alguno juzgaba que nada humano » le era indecente : y aun la filosofía misma no condenaba (aquí segun pienso nos da Gasendo la verdadera » nocion de la honestidad y de las otras virtudes epicúreas) sino aquella suerte de incontinencia, por la que se » violaban las leyes, y hacia perder la salud y la fama. » Pero pretende que no llegaban á la relajacion, sino que se contenian en su deber, tanto á causa de la comida parca y bebida fria con que el maestro los trataba (y ciertamente si le obedecian, agua y legumbres eran un remedio bastante poderoso contra la lascivia) ; como por las grandes exhortaciones que les hacia contra la relajacion, y por el ejemplo que les daba de continencia severa. Y esto último quiere Brukerero <sup>2</sup> lo tengamos por ciertísimo, dando por causa la inclinacion del ánimo de Epicuro contrario á tales entretenimientos, y la enfermedad corporal que no le permitia gustar de tales deleites sin grandes inconvenientes. Creo que el prudente lector con estas noticias podrá conocer por sí de qué temple haya sido, si es que la tuvo, esta continencia de Epicuro, y cuán poco motivo tienen los incrédulos para celebrarla. Y tanto mas, cuanto que, si se pretende hayan fingido muchas cosas contra Epicuro sus enemigos, tampoco deben creerse todas las que en su alabanza y encomio escribe Laercio, « historiador, dice Bentleyo <sup>3</sup>, en este » artículo sospechoso, por haber sido el mismo epicúreo, y por lo tanto interesado en exaltar al jefe de su » secta. »

VIII. *Conducta de los discípulos de Epicuro, Horacio, Petronio, Lucrecio. Pintura de los hombres virtuosos á la epicúrea.*

Mas los discípulos que salieron de aquella escuela bas-

<sup>1</sup> Gasendo, *De vitá et morib. Epic.*, lib. 7, cap. 5.

<sup>2</sup> Bruker, *Hist. phil.*, part. 2, lib. 2, cap. 13.

<sup>3</sup> *La friponnerie laïque*, etc., nota 48.



tan para infamar al maestró y á la secta, y probar hasta la evidencia lo que no quiere entender Bayle, á saber: que la relajacion es compañera inseparable de la impiedad. Bien sé que Ciceron <sup>1</sup> dice haber conocido algunos de quienes habla con elogio, ¿pero quién no sabe tambien que por lo comun fueron las heces del mundo? Eliano escribe <sup>2</sup> que los Romanos se vieron obligados á desterrar de su ciudad á Alceo y Filisco, porque enseñaban á la juventud muchos é indignos deleites. Lo mismo hicieron con estos filósofos voluptuosos los Mesenios, como refiere él mismo, y tambien Ateneo <sup>3</sup>. Y no se diga que estos habian alterado y corrompido la sana moral de su maestro: porque en primer lugar ya hemos visto que ella abria naturalmente el camino á todo género de corrupcion, poniendo la felicidad y el último fin del hombre en el deleite; y en segundo sabemos por Numenio, citado de Eusebio <sup>4</sup>, no haber habido secta que con mas zelo haya conservado, á pesar del trascurso de los siglos, las primitivas doctrinas de su maestro, y cuyos profesores hayan estado tan de acuerdo en enseñarlas como los Epicúreos. Estos, para servirme de una frase de Temistio <sup>5</sup>, veneraban los preceptos del principe voluptuoso de sus jardines, aun mas que los *Atenienses las leyes de Solon*, y mas que los *Espartanos las de Licurgo*.

De esta escuela pues salieron entre otros muchos los dos excelentes poetas latinos Horacio, y Petronio Arbitro. Horacio, principe de los líricos, se gloria él mismo de ser de esta grey, en aquellos célebres versos <sup>6</sup>:

1 Lib. 2 *De finib.*, cap. 25.

2 Romani Alcaum et Filiscum epicureos ex urbe eiecerunt, quia multarum flagitiosarumque libidinum auctores essent adolescentibus. Messeni etiam Epicureos expulerunt. *Ælianus, Var. histor.*, lib. 9, cap. 12.

3 Athenæus, lib. 12. *Dipnosoph.*

4 Euseb., *Præpar. evang.*, lib. 14, cap. 5. Allí está el pasaje de Numenio pitagórico, que hace mucho á nuestro asunto.

5 Temist., *Orat.* 4.

6 Me pinguem et nitidum bene curatâ cute vises  
Cùm ridere voles, Epicuri de grege porcùm. Lib. 1, epist. 4.  
Mei homio, empeñado en] defender á Epicuro, pretende que no se

Verás en mí, cuando reirte quieras,  
En mi cara y mi cuerpo bien cuidado,  
El lechon de Epicuro mas cebado.

Y á todos es bien notorio cuán justamente le convenia este nombre por la profesion de la doctrina epicúrea; pues que él mismo lo hace patente en muchísimos lugares, y especialmente en las *Odas*. El segundo, tanto como se aventajó en la pureza de la lengua latina, excedió á los demás en las sucias impurezas de que llenó el *Satiricon*; y en lo que de él escribe Tácito (pues que, en dictámen de hombres doctísimos <sup>1</sup>, de él es de quien hace mencion este historiador en el lib. xvi, cap. 18, de los *Anales*), vemos haber sido el árbitro y adorador de los mas *refinados deleites*. Este tambien fué de la escuela de Epicuro, cuyas doctrinas impías acerca de Dios y del alma enseña en muchos lugares; y en cuanto á las obscenidades, despues de haber pintado una vez con la mayor impudencia algunas suciedades indignas, se defiende contra las justas reprehensiones de la gente de honor con la autoridad de su gran padre Epicuro, á quien hace este abominable elogio <sup>2</sup>:

ha de leer *porcum* sino *parcum*. Mas todas las voces de aquellos versos, así como llevan naturalmente á leer segun se ha escrito, así solo con violencia podrán admitir la palabra *parcum*. Los manuscritos las ediciones y las traducciones confirman la misma leccion.

1 Véanse las *Dissertationes et præfationes varia de vitâ et scriptis Petronii Arbitri*. Y véanse tambien *Huetiana*, § 86.

2 Ipse pater veri doctus Epicurus in arte  
Jussit, et hanc vitam dixit habere Deos.

*Sat.*, cap. 122.

Conviene poner aquí el retrato que de este epicúreo hizo Tácito en el lugar citado. En él se verá una copia bastante viva del antiguo maestro, y un original de muchos que hoy siguen la misma escuela. « De C. Petronio..... comenzaré de mas alto. Pasaba el dia durmiendo, y la noche, despues de algun pequeño negocio, la dedicaba á los placeres. Como á otros la industria, á él le distinguia la ociosidad. Disipaba sus bienes no en comilonas y banquetes, como otros muchos, sino en deleites mas refinados. Sus dichos y acciones eran tanto mas bien recibidos cuanto que parecian mas naturales. Procónsul en Bitinia, y despues Cónsul, pareció salir de su apatia, y ser mas sagaz y cauto; pero volviendo luego ó real ó aparente-

Así el grave Epicuro lo decía  
Padre de la verdad : que en esto solo  
La vida de los dioses consistía.

De estos dos poetas no debemos separar á Lucrecio, que de propósito cantó en latin los impíos dogmas del filósofo griego, á quien ensalza y tributa altísimos elogios en su poema, tan excelente en el artificio y pureza del estilo, como pésimo en la doctrina. Bayle<sup>1</sup> no puede perdonar al P. Briet<sup>2</sup> hubiese tachado á Lucrecio de *corrompidísimas costumbres*, y que dijese las *había manifestado claramente en sus versos*. Confiesa que expresó algunas cosas, que el rubor natural debería ocultar, en términos obscenísimos; mas pretende excusarle con los tratados que se escriben de medicina; y en seguida deja correr libremente su pluma por las mismas obscenidades en que tan frecuentemente se saborea, y forman la materia de sus escritos. Nosotros, por no entrar en tal contienda, daremos con sumo gozo la causa por vencida.

mente á sus vicios, llegó á ser uno de los mas íntimos confidentes (de Neron), y como el intendente de sus placeres. No hubo uno de cuantos gustó Neron, de que no fuese el árbitro Petronio. Esto excitó la envidia de Tigetino, que no sufría competidor en materia de placeres : por lo que excitando la crueldad, que era la pasión dominante del Principe, sobornó á un esclavo, que acusó á Petronio de haber tomado parte en la conjuración de Scevino. Condenósele sin oírle : su familia fué toda arrestada, y él preso junto á Cumas. El César se habia ido á Campania, y él no se apresuró á quitarse la vida. Se hizo abrir las venas, y que se las ligasen para poderlas soltar luego : dijo á sus amigos algunas palabras, pero ninguna que diese indicio de varon constante. Hizo que le leyesen un rato, no de la inmortalidad del alma, ó algunas sentencias de los sabios, sino versos voluptuosos. Repartió dones á algunos de sus esclavos, á otros hizo apalear. Se paseó un poco, durmió, para que la muerte, aunque violenta, pareciese voluntaria y natural. En el testamento no aduló á Neron, ni á Tigelino; pero envió escritos y sellados á aquel Principe todos sus desórdenes y suciedades con sus deshonestas maneras en nombre de los eunucos y concubinas, y rompió el sello para que no usase otro de él. » Hé aquí un hombre virtuoso á la epicúrea.

<sup>1</sup> *Diccion. crit.*, art. Lucrecio.

<sup>2</sup> De poet. lat. *Scriptores omnes conveniunt de turpissimis Lucretii moribus, quos nimis prodidit in suis versibus.*

Bástanos advertir que Lucrecio en el principio de su poema nos pone en estado de decidir lo que verdaderamente entendia la escuela de Epicuro por nombre de deleite (sobre cuyo punto tanto se indignaba Ciceron cuando se le objetaba que no lo sabia), dando desde luego aquel poeta esta prerogativa, no á la virtud, á la tranquilidad ó dulzura del corazon, sino á la *diosa Venus*, cuyo mérito y poder canta con voces dignas de su escuela. Todos estos, dejando otros innumerables, fueron los discípulos de aquel filósofo *ejemplar*, á quien Bayle ensalza tanto, y con el juntamente á su escuela. Esta fué la moral teórica y práctica de aquella gente, que hollaba la Religion, y negaba la existencia de los Dioses. Es pues un infeliz efugio del citado filósofo de Rotterdam decir que con sus vicios han deshonrado esta secta, y que no se hicieron viciosos en su gremio. Creemos muy bien que cualquiera que se dedica á profesar la impiedad, ya tiene corrompido el corazon; pero decimos tambien que en esta escuela deben empeorar siempre mas y mas, y hacerse malos por sistema, los que antes lo eran solo por el ímpetu de las pasiones. Todo esto se ha dicho para responder á Bayle, que nos opone á Epicuro como el mas ejemplar de todos los filósofos antiguos, y como prueba perentoria de la virtud de los que no admiten Religion.

## CAPÍTULO IX.

Carácter de los Saduceos. Sucesos de Vanini opuestos por Bayle como un argumento de la virtud de los ateistas.

1. *Bayle quiere hacernos creer á los Saduceos distintos de lo que eran. Carácter que nos dan de ellos los antiguos.*

No debemos pasar en silencio otros dos ejemplos que presenta Bayle en prueba de la virtud é inocencia de los impíos, por cuanto nos parece que él los ofrece con